

Confesión de fe para nuestro tiempo

Pongo mi confianza sólo en Dios,
y ya no debo adorar nada de este mundo.

Todo lo que existe remite a Él.
Nada puede existir sin Él.
Él es poderoso en todo lo que existe y en todo lo que pasa.
Es más grande
que todo lo que podemos experimentar o pensar.
Así, Él "habita una luz inaccesible".
Todo eso ya lo puede conocer la razón.

Pero, desde Jesús,
mi confianza es una fe
que sobrepasa también la razón:
el amor de Dios me ampara.

Dios se torna hacia nosotros y hacia el mundo entero
con un amor
que existe desde la eternidad como amor entre Dios y Dios:
es el amor entre el Padre y el Hijo,
amor que es el Espíritu Santo.
Sólo al ser asumidos en este amor
podemos estar en comunión con Dios.

Enviado en el Espíritu Santo, el Hijo, en Jesús,
por María ha asumido nuestra naturaleza humana
para poder anunciarnos, con palabra humana,
este amor de Dios y nuestra comunión con Dios.
Pues este amor no tiene su medida en el mundo
y por eso no puede leerse en él.
Es sólo por la palabra que puede llegar a ser conocido:

Ningún poder de este mundo, ni siquiera la muerte,
basta para separarnos
de nuestro ser amparados en el amor de Dios.

Jesús ha dado testimonio de este mensaje
con su propia vida.
A causa de su mensaje liberador,
y porque tuvo seguidores,
los que dominan a los otros atemorizándolos
le mataron en la cruz.

Pero la muerte no pudo vencerlo:
Jesús vive en la gloria de Dios para siempre.

Creo en Él como el Hijo de Dios,

y eso es:
participo en su relación con el Padre.
Es por su palabra que sé que yo y todo el mundo
somos amados por Dios sin condición y por la eternidad.
Por eso ya no tengo que dejarme guiar
por el miedo por mí mismo,
que es la raíz de todo mal moral.

Creer en Jesús como el Hijo de Dios
es estar lleno de su Santo Espíritu.

Esta fe no la tenemos por nosotros mismos,
sino que la recibimos de los que nos han precedido en ella,
de la Iglesia,
en la cual el Espíritu Santo
une a los fieles con Cristo y entre sí.

Como de Jesús mismo,
vale ahora también de los fieles
que "no han nacido por voluntad de varón
sino de Dios".

La tarea de la Iglesia es
trasmitir la palabra de Dios que nos ha llegado por Jesús.
Celebramos la palabra recibida en los sacramentos.
En la eucaristía nuestra fe vive de Jesús mismo,
como nuestra vida corporal se nutre de comida y bebida.

La comunión con Dios
que nos ha sido anunciada por su palabra
cambia el mal del pasado en bien,
y hace posible la reconciliación.
Ella es vida eterna para todos los hombres,
porque "Dios ha reconciliado consigo al mundo".
Quien cree así tiene esperanza para todos los hombres.

El Espíritu de Jesús está obrando manifiestamente
en todos los que ya no viven
bajo el poder del temor por sí mismos.

De esta fe proceden
el amor y las acciones llenas de amor,
que no pagan mal por mal,
sino bien por mal y bien por bien.
Hemos sido creados para este amor.

Amén.